

reverberación comparables a esos villancicos, a esos romances, a esas nanas de fray Ambrosio, el poeta de la Reina Católica:

No hay lengua que decir pueda
cuál la Madre Virgen queda
ni por cuál linda vereda
lo parió,
tan hermoso y delicado.

Con cien mil gracias aliña
cuando despierta del sueño;
jaspe ni dorada piña
con él son valor pequeño,
según que lindo y risueño
está en los pechos trabado.

En las églogas salmantinas de Navidad, ya la actitud del poeta es distinta. Hay un asomo, una punta de ironía en los diálogos de esos pastores —Mingo, Bras, Menga— que salen al tablado a divertir a los príncipes, a los próceres y a sus cortesanos. Un dialecto rural, más o menos convencional o exacto, va a subrayar con sus tonalidades el contraste entre los personajes divinos, frecuentemente mudos, y la gárrula simpleza y el pasmo de los zagales. Y las hirsutas cabezas mal rapadas recortan sus rasgos raciales sobre un paisaje nada arcádico, sino agreste y bravío, de barrancos y canchales, de encinas y alcornoques del Oeste español. Es la misma España, la propia Castilla o Extremadura, la que irrumpe en la cámara palaciega con toda su luz de cielo alto o de noche esmerilada. («Ay, tierra que se declina —por luz sobrenatural.») La devoción española no ha querido nunca saber nada de arqueología ni de evocación cronológica. El portal de Belén está fuera del tiempo. El sabor local y exótico se reduce a una palma que, al fin y al cabo, desde antes de Abderramán, es ya española, y aquí se quedó cuando los nietos del califa se marcharon; todo lo más, y esto sobre todo en la pintura o escultura popular de los «belenes», unos camellos para los Reyes Magos y el negror de uno de éstos. Pero esto es ya el Oriente: absoluto o relativo a Judea.

Entramos así en la fértil pendiente de la comparación entre los artistas plásticos y los poetas. Durante todo el Renacimiento la Navidad va a

ser contemplada, cuando no según una continuación de los modos medievales, con ojos sedientos de belleza y fausto cromático. Recordad los nuevos retablos de un Rubens, de un Tintoretto o de un Greco. Los poetas no tendrán más que contemplarlos y trasladar al verso tanta opulencia y tanta fiesta de luz, de color y de tacto. Ya se ha hecho notar que algunas prosas de los *Pastores de Belén*, de Lope, transcriben fidelísimamente el boato de cierta Adoración flamenca. Y he nombrado el libro supremo de la inspiración poética —en verso y prosa— ante la Navidad. En él se dan hermanados dichosamente los modos más peculiares de la devoción medieval, los villancicos y cantares de cuna de más franciscana y enlunada ternura, a la par que las más bizarras y renacientes mixturas de paganismo y biblia, juntando todos sus recamados primores para tapizar lo más dignamente posible las desvencijadas paredes del establo.

El discípulo de Lope, maestro Valdivielso, y don Luis de Góngora se incorporan también a este coro de poetas navideños, el uno con la gracia popular de sus ensaladas y villancicos, el otro con el prodigio musical de sus letrillas. Nunca fué la poesía de Góngora más humana y tierna que jugando a hacerse niña ante el Divino Niño.

El renacimiento admirable de nuestra poesía contemporánea no podía olvidar motivo tan bello. Y la teología, en efecto, anda otra vez a vueltas con la poesía en hermanada y venturosa unidad. Citaré sólo el *Retablo de Navidad*, de Luis Rosales, que sin desdoro ninguno puede colocarse junto a los más logrados en leño, alabastro, lienzo o estrofa de nuestros maestros del siglo XVI. Mientras haya españoles que sepan serlo y sientan, además, la vocación poética, puede estar seguro el Niño Jesús que no le ha de faltar esa ofrenda pobrísima por su valor junto al pesebre, pero rica por su voluntad (que quisiera ser tan humilde y gozosa como la de aquellos pastores cargados de presentes), un puñado de versos.